

en que nos aficionemos á este santo ejercicio, lo explica maravillosamente el Doctor Angélico (1). Dice el Santo que, «lo que Dios en su Providencia tiene determinado desde la eternidad conceder á las almas, lo da en el tiempo por medio de la oración, en la cual tiene vinculada la conversión y salvación de muchas almas, y el aprovechamiento y perfección de otras.» De suerte, que así como determinó Dios y dispuso que arando y sembrando y cultivando la tierra, hubiese abundancia de frutos para nuestro alimento y conservación, así tiene ordenado el conceder muchas gracias y dones á las almas por este medio de la oración. Por eso Cristo Señor nuestro insiste tanto en que pidamos y busquemos y llamemos, porque quiere socorrer nuestras necesidades, abastecer nuestra pobreza y llenarnos de bienes y gracias, en lo cual se ve claramente la necesidad que tenemos de acudir á la oración. Además, *Jesús ha muerto por todos los hombres* (2) y á todos quiere introducir en el cielo (3), y «la oración, dice la iluminada virgen Santa Teresa, es el camino real que conduce á la patria de los bienaventurados» (4). Por lo mismo, quien la descuida ó la abandona, está en camino de perdición. Bien persuadida de ello la mencionada santa, dejó escritas en sus preciosas obras estas palabras que debieran esculpirse con grandes caracteres en las calles y en medio de las plazas: «El que abandona la oración, no necesita demonio que le lleve al infierno. Por eso, añade, yo quisiera subir á la cumbre de un monte, para desde allí—ya que no puedo hacerlo de otro modo—decir á todos los mortales: Orad, haced oración, porque de otra suerte peligra la salvación eterna de vuestras almas.» Ya no extraño que San Alfonso María de Ligorio exhorte vivamen-

(1) 2. 2, q. 83, art. 2.

(2) I. Corinth., XV, 3.—II. Corinth., V, 14.

(3) I. Timoth., II, 4.

(4) Camin. perf., cap. 34.

te á los sacerdotes y misioneros y les ruegue, por las entrañas de Jesucristo, que prediquen mucho á los fieles sobre la necesidad, eficacia y facilidad suma de la oración, porque son innumerables los cristianos que la descuidan enteramente, y que viven, por lo mismo, al borde del infierno (1).

Yo no puedo suponer que acontezca esto entre vosotras, porque «la oración, dice Santo Tomás de Villanueva, es el pan cotidiano con que debe alimentarse el alma religiosa, si desea adquirir el temple que necesita para luchar ventajosamente contra los enemigos visibles é invisibles que ha de hallar en el camino de la perfección á que aspira; y añade: Quien no se alimenta diariamente de este pan espiritual, en peligro está de desfallecer y sucumbir á la tentación» (2). El real Profeta confiesa que la tristeza se había apoderado de su alma y sentía aridez en su corazón, *porque había olvidado comer este pan del espíritu* (3); pues así como el pan es alimento ordinario y general y se come con todos los manjares, así también la oración ha de entrar en todos los ejercicios espirituales, en todos los actos de virtud y en todas las demás obras que hiciéremos. Y aunque parezca declarada la importancia de la oración para la vida espiritual por la semejanza del alimento, el cual es tan necesario para vivir, que no puede suplirse con ninguna otra cosa; con todo eso es mucho más necesaria la oración al alma, que la comida al cuerpo. San Juan Crisóstomo declara la importancia de la oración con la semejanza de otra cosa más necesaria, diciendo: «Que lo que el alma es para el cuerpo, eso es la oración para el alma» (4); y esta comparación es más exacta, porque sin comida se puede pasar, aunque trabajosamente, algún día, mas sin el alma no se puede vivir ni un instante. Por eso nos amonesta el Espíritu Santo *á orar*

(1) Hom. apost., tract. 7, n. 44.

(2) Vida, cap. XI.

(3) Psal. CI, 5.

(4) De orat. Domin., lect. 1.

*siempre sin cesar* (1), porque como estamos tan necesitados del favor de Dios, pues vivimos expuestos á muchas caídas y cercados de tantos y tan poderosos enemigos, y con tan grande necesidad de muchas cosas que pertenecen así al alma como al cuerpo, no tenemos otro remedio sino acudir siempre á su divina Majestad, pidiéndole que nos favorezca y ayude en todos los peligros y necesidades, conforme á aquéllo que dijo el rey Josafat, viéndose cercado de enemigos: *Como somos tan flacos y estamos tan pobres y necesitados, y no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que levantar los ojos á Dios en demanda de socorro* (2).

Además, la oración constituye el medio más eficaz para ordenar nuestra vida y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud; pues, como escribe San Agustín—y éste es el mayor elogio que puede hacerse de la oración—«aquél sabe vivir bien que »sabe orar bien» (3). Lo mismo dice San Buenaventura: «Si »descuidamos la oración, luego anda todo de capa caída, y »entra la tibieza y poco á poco comienza el ánimo á enflaquecer y á marchitarse y á perder aquel vigor y aliento que »tenía; comienzan á desaparecer todos aquellos propósitos y »pensamientos santos, y á despertar y revivir todas nuestras »pasiones: el apetito de la vanagloria, de la ira, de la envidia, de la ambición y otros semejantes, que antes parecía »que estaban muertos» (4).

Mas, ¿para qué aducir nuevas razones, si de ello estamos todos convencidos? Vemos la necesidad en que vivimos de recurrir á Dios con frecuencia en demanda de auxilios y gracias para remedio de nuestras innumerables necesidades. Sabemos por la fe que nada bueno podemos hacer ni pensar

(1) Eccli. XVIII, 22.—Luc., XVIII, 1.—I. Thessal., v. 17.

(2) II. Paral., XX, 12.

(3) Homil. XLIII.

(4) De progr. relig., cap. 7.

con mérito, sin ayuda de la gracia (1); que ésta sólo se concede, como dice el Doctor Angélico, á quien la pide con las debidas disposiciones (2); que sin ella no hay salvación posible, en el orden común de la Providencia... y no obstante, ¡cuán reducido es el número de los cristianos que cumplen con este imperioso deber de la religión! Aun entre las personas que presumen de religiosas, ¡cuántas hay á quienes Jesucristo podría echar en cara, como á los Apóstoles, esta tiernísima reconvención: *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre* (3). Si así es, ¿puede haber mayor desatino ó ingratitud ó locura?, que no sé cómo llamar al olvido de la oración, sino por todos estos nombres. ¿Por qué no vivimos más aficionados á la oración?... Los que dicen que no saben orar, son dignos de lástima, porque se han forjado, sin duda, una idea muy equivocada de la oración. Dios ha hecho de la oración una obligación universal; en consecuencia, la ha puesto al alcance de todo el mundo. La oración no es una ciencia, sino un sentimiento; ella no exige talentos, sino viva fe y buena voluntad; los conocimientos que ella exige los poseemos todos sin haberlos adquirido con el estudio; el libro que los contiene es nuestro propio corazón (4). ¿Por ventura necesita gran sabiduría el enfermo para manifestar á otro su dolencia, ni discurrir mucho el pobre para pedir remedio á su necesidad? Y el que mucho ama, ¿en qué ciencias ha de estar versado para poder decir al objeto de sus amores: «Te amo con todo mi corazón»?... ¡Ah! h. mías; miente el alma, si dice que ama á Dios y teniéndole dentro de sí, no quiere conversar con Él, porque la amistad muda é intratable, poco se diferencia del odio. No, no amamos á Dios, ni nos amamos á nosotros mismos; no arde una

(1) Joann., XV, 5.—I. Corinth., XII, 3.—II. Corinth., III, 5.

(2) 2. 2, q. 83, art. 2.

(3) Joann., XVI, 24.

(4) Deut., XXX, 14.—S. August., quæst. 53.

centella siquiera de amor divino en nuestro corazón. Si amásemos mucho á Dios, de buen grado nos estaríamos pensando en Él días y noches, y no nos faltaría qué pensar ni qué decir. ¡Oh qué de buena gana se está pensando la madre en el hijo que tiernamente ama! En hablándola de él, luego se la enternecen las entrañas y se la saltan las lágrimas de sus ojos. Pues si esto puede el amor natural, ¿cuánto más lo podrá el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? (1). Si Dios fuese—como debe ser—todo nuestro tesoro, luego se nos iría allí el corazón (2).

*Práctica.* ¿Deseáis orar siempre y bien, pregunta San Agustín? Cumplid con recta intención todos vuestros deberes, pues las mismas ocupaciones que parecen impedimentos para la oración, son verdaderas súplicas y oraciones muy eficaces para obtener las gracias del cielo, mientras se practiquen con espíritu de viva fe y con la sola mira de agradar á Nuestro Señor. *El reino de Dios*, dice San Pablo, *no consiste en palabras, sino en buenas obras* (3). Dijo el ángel Rafael al anciano Tobías: *Cuando enterrabas los muertos y los escondías en tu casa, y por la noche les dabas sepultura, presentaba yo tu oración ante el trono de Dios* (4); esto es, ofrecía á Dios tus obras de misericordia, las cuales movían en tu favor la divina clemencia (5). No hay oración más grata á Dios, que el cumplimiento de su soberana voluntad. Consagrémonos, pues, diariamente á este santo ejercicio. Al despertar por la mañana levantemos los ojos y el corazón á nuestro Criador, agradeciéndole el nuevo día que nos concede para emplearlo en su servicio y alabanza. Ofrezcámosle después nuestros pensamientos, palabras, obras, deseos, intenciones y trabajos, y digámosle con amor: «Dios mío, yo deseo hacer

(1) Psal. XLIV, 3.

(2) Matth., VI, 21.—Luc., XII, 34.

(3) II. Corinth., IV, 20.—Matth., VII, 21.—I. Joann., III, 18.

(4) Tobiaë, XII, 12.

(5) Apocal., VIII, 3.

«un acto de contrición perfecta cada vez que lata mi corazón en este día, y un acto de entrañable amor envuelto en «cada respiración que exhale mi pecho.» Luego cada hora que dé el reloj, renovemos mentalmente estos santos deseos, saludemos á la Virgen Santísima con el Ave María, hagamos con fervor la comunión espiritual y pensemos que ha transcurrido otra hora y que el tiempo nos empuja hacia la eternidad. En las tentaciones y peligros, en las adversidades, tristezas y quebrantos de que está sembrada la vida, acudamos á Dios, que *salva á los que en Él esperan* (1), y ha prometido *no dejar al justo en perpetua tribulación* (2). Llegada la noche, examinemos nuestra conciencia, porque sin duda habremos ofendido á Dios ó á nuestros prójimos; arrepintámonos de corazón, como para morir, renovemos nuestros propósitos y ofrezcamos al Señor nuestro descanso pidiéndole su bendición.

Este modo de orar incumbe principalmente á los fieles cristianos, engolfados en mil ocupaciones y negocios; pero no basta al religioso, el cual está gravemente obligado á aspirar á la perfección, y por lo mismo, á emplear en la oración mental las horas prescriptas en sus Reglas. Mas fuera del tiempo destinado á la meditación, conviene que os ejercitéis en los actos de piedad que acabamos de indicar, los cuales facilitan maravillosamente el ejercicio de la presencia de Dios é impiden que la devoción y el fervor padezcan menoscabo. Hagámoslo así, h. mías, porque si descuidamos esta oración, á pesar de nuestras meditaciones, comuniones y propósitos, no seremos nunca mortificados, ni humildes, ni obedientes, ni castos; no amaremos á Dios, ni venceremos las tentaciones; en una palabra, no haremos cosa de provecho en el servicio divino, dice San Ligorio (3). Por esto San

(1) Psal. XXXI, 10.—Psal. XVI, 7.

(2) Psal. LIV, 23.

(3) Monja santa, cap. XX, n. 13.

Pablo, después de haber explicado á los fieles de Roma las virtudes que debían practicar como cristianos, les dice: *Perseverad en la oración* (1), dándonos á entender, escribe el Doctor Angélico, que el medio infalible para adquirir las virtudes que han de santificarnos, es la oración perseverante, porque sin ella no lograremos el auxilio divino, ni aun daremos un paso en el camino de la perfección.

Á orar, pues, con fervor, h. más, porque la oración es un ejercicio excelentísimo y muy ventajoso para nuestras almas; oremos, porque tenemos de ello absoluta necesidad, pues el cumplimiento de los preceptos de Dios y de los consejos evangélicos exigen actos sobrenaturales que no podremos practicar sin la gracia, y ésta no se logra comúnmente sino por la oración (2); oremos para agradecer á la divina Majestad los dones naturales y sobrenaturales que de su largueza hemos recibido y estamos á cada hora recibiendo; oremos, porque vivimos rodeados de peligros y son innumerables y muy astutos los enemigos que codician nuestra alma. En una palabra, oremos, porque quien ora se salva, y quien descuida la oración, irremisiblemente se condena, afirma San Ligorio (3). Todos los Santos han vivido enamorados de la oración y todos lograron su santificación y salvación merced á este santo ejercicio. Por el contrario, los condenados, todos se han perdido eternamente por haber despreciado este medio eficazísimo de salvación. Si los que ahora padecen en el infierno se hubieran ejercitado en la oración mientras vivieron sobre la tierra, ciertamente no se habrían perdido. Si Judas, después de cometido el horrendo sacrilegio, se hubiera postrado contrito á las plantas del bondadosísimo Jesús, pidiéndole misericordia, de seguro

(1) Rom., XII, 12.

(2) Matth., VII, 7.—Marc., XI, 24.—Luc., XI, 9-10.

(3) Monja santa, cap. 20.

habría logrado el perdón, y este pensamiento será el mayor motivo de desesperación que le atormentará en aquel lugar de llanto sempiterno (1). Líbrenos Dios, por quien es, de tanta desventura.

Para evitarla, pidamos á Jesús, por conducto de María, que nos enseñe á orar (2), que aficione nuestro corazón á este delicioso ejercicio, que nos asista con su gracia, sobre todo en la recitación diaria del Santísimo Rosario, que constituye la oración por excelencia, la característica de los hijos predilectos de la Reina de los cielos, la obradora de innumerables prodigios en las almas de sus devotos, la triunfadora de las potestades del infierno y una de las joyas más brillantes de la corona inmarcesible que han de ceñir eternamente los verdaderos devotos de esta Señora en la patria de los santos.

(1) Luc., XIII, 28.—Matth., VIII, 12.—Matth., XXIV, 51.

(2) Luc., X, 11.

